EDDY DUCHIN

Colección de
GRANDES PELICULAS

EDICION PARA ADULTOS
VERSION COMPLETA

PRECIO: 5 ptas.

TYRONE
POWER
KIM
NOVAK

PRESENTADA POR MUNDIAL FILM

Eddy Duchin

FICHA ARTÍSTICA

*

TYRONE POWER
KIM NOVAK
VICTORIA SHAW
JAMES WHITMORE
REX THOMPSON
S. STRUDWICK
FRIEDA INESCORT
GLORIA HOLDEN
LARRY KEATING

TYRONE POWER
KIM NOVAK

FICHA TÉCNICA. — DIRECCIÓN: GEORGE SIDNEY. ARGUMENTO: LEO KATCHER • GUIÓN: SAM TAYLOR • FOTOGRAFÍA: HARRY STRADLING A. S. C. MÚSICA: G. DUNNING • PRODUCCIÓN: JERRY WALD FOTOGRAFIADA EN CINEMASCOPE Y TECHNICOLOR

EDICIONES MANDOLINA BILBAO - MADRID

La señorita Marjorie Oelrichs pertenecía al gremio de la Alta Decoración, y sus servicios eran solicitados por las familias más opulentas y aristocráticas de Nueva York.

Su talento artístico y sus hábiles y bellas manos conjuntamente, realizaban prodigios de estética y buen gusto. Marjorie no trabajaba por necesidad de ganar dinero, sino más bien por ocupar sus momentos de ocio en algo útil que la mantuviese al margen de la monotonía de su vida cómoda y casi principesca junto a sus tíos los señores Wadsworth.

El señor Sherman Wadsworth era uno de los banqueros más importantes de Nueva York, y de común acuerdo con su esposa Edith, acogieron en su hogar a Marjorie cuando ésta quedó huérfana. Le hicieron un recibimiento emocionante. Ellos no tenían hijos, y la llegada al palacio de los Wadsworth de la delicada y rubia criatura, colmaba todos sus anhelos.

Hacía unos momentos nada más que los operarios, a las órdenes de Marjorie, habían dado los últimos toques decorativos al suntuoso Central Park Casino.

Con motivo de su inauguración iba a celebrarse aquella noche un banquete al que asistirían lo más selecto de la sociedad neoyorquina. Marjorie adornaba la mesa con profusión de flores, teniendo cuidado de que armonizasen entre sí los brillantes colores.

De súbito irrumpió impetuosamente en la estancia un hombre joven; con pisadas fuertes y rápidas se acercó donde se encontraba Marjorie.

—¿La oficina del señor Reisman?—preguntó con voz potente y mostrando, en fascinante sonrisa, sus blancos dientes.

Marjorie se le quedó mirando gratamente sorprendida. Su atuendo era sencillo y pulcro, y había una espontaneidad tal en cada uno de sus movimientos, que le hacían irresistiblemente simpático y atractivo. Ella sonrió al fin y dijo amablemente:

—Allí..., a la derecha.

—Muchas gracias.

Con el mismo paso precipitado que cuando entrara, se dirigió hacia donde Marjorie le había indicado; empujó la puerta y entró.

El señor Reisman era el director de la orquesta del Casino. En el momento en que Eddy entraba tan impetuosamente, se ponía el smoking con la ayuda de Lou Sherwood, su amigo de confianza. Los dos hombres se volvieron a mirarle sorprendidos, pero en seguida sonrieron. Sin duda le habían reconocido.

—Hola, señor Sherwood—dijo Eddy alegremente. Después se volvió hacia el señor Reisman—: ¡Hola, señor Reisman! ¿Se acuerda de mí? Yo tocaba el piano en el balneario de Berkshire.

El señor Reisman se abrochó el último botón de su almidonada pechera y dejó que Lou le colocase la chaqueta.

—Lo recuerdo—declaró con acento am-

biguo—. Además de tocar el piano, usted estudiaba para farmacéutico.

—Sí. Ya he terminado, pero no ejerceré la carrera. En vez de eso decidí aprovechar su oferta, señor Reisman.

—¿Qué oferta?—preguntaron alarmados los dos hombres.

—¡Claro! La de tocar en su orquesta, señor Reisman.

—Recuerdo que le dije que me gustaba su modo de tocar, pero no le ofrecí trabajo de ningún modo.

Eddy se volvió anhelante hacia Lou, solicitando ayuda con una mirada suplicante y desesperada; pero éste sabía que Eddy no había entendido bien en aquella ocasión el verdadero significado de las palabras del señor Reisman. Así, pues, aclaró dirigiéndole una mirada de simpatía y comprensión:

—No, no, señor Duchin. El no le ofreció trabajo; quiso decirle que, si venía a Nueva York, no dejara de verlo.

Eddy Duchin palideció intensamente, y se dibujó en su boca una sonrisa..., una de esas sonrisas tras de las que se esconde indecible sufrimiento. Retrocedió unos pasos trastornado, anonadado, y dijo con voz trémula por la angustia:

—¡Yo no puedo volver a Boston! ¡Me costó mucho trabajo salir de allí!

El señor Reisman preguntó por curiosidad, más que por deseo de ayudarle:

—¿No le dejaban irse?

—Oigame, señor Reisman. Cuando un hombre tiene una pequeña sastrería, y..., y... se dedica a planchar y trabaja como un bárbaro para que su hijo estudie... y... salga adelante..., no..., no es fácil abandonar un sueño. No les gustaba que escogiera la inquieta vida del músico, sino que me hiciera farmacéutico... Eso no es..., no es lo que yo quiero. No..., no puedo volver allí...

Lou, con pretexto de cerrar la ventana, se volvió de espaldas a los dos hombres para disimular su emoción. En seguida oyó la voz apagada de Eddy:

—Les deseo suerte.

Simultáneamente se cerró la puerta con un golpe seco y estridente.

El señor Reisman cogió su batuta mecánicamente y comentó:

—Tiene un estilo característico..., personal. No se perderá.

Lou dijo a media voz:

—Suerte... Le deseo mucha suerte, señor Duchin.

Eddy volvió al salón donde había encontrado a Marjorie. En seguida reparó en un piano; depositando su maleta en el suelo, se puso a interpretar música de Chopin.

Sus dedos afilados, ágiles y suaves, recorrían el teclado, expresando en la belleza de la música chopiniana la mortal angustia que le oprimía el corazón.

Marjorie se había acercado lenta y silenciosamente y miraba fascinada las manos del músico, como si adivinara tras su prodigiosa y acariciante agilidad la llama inmortal del Arte, que brota tan sólo en los predestinados para la gloria.

—¿Chopin?—preguntó ella dulcemente.

—Sí, Chopin... Mi menor.

Sin dejar de tocar se volvió para mirarla. Entonces reparó en su belleza.

La luz refulgente de las lámparas iluminaba de plano su esbelta y grácil silueta. Su cabellera rubia y recortada rodeaba su rostro de una aureola imprecisa; sus ojos azules, húmedos y brillantes, le miraban extasiados, y sus labios entreabiertos mostraban una hilera de blanquísimos dientes.

Eddy sonrió halagado por la muda e incomprensible admiración que le demostraba la muchacha. Ella preguntó:

—¿Ha venido a trabajar para el señor Reisman?

—No tenía trabajo para mí—confesó con amargura—. Fue un sueño que yo tuve... de entrar en casa y dejar caer un fajo de billetes diciendo: no trabajes más, padre, soy hombre rico.

Ella había inclinado su rostro hacia el del hombre.

—¿De dónde es usted?

—De Boston.

En aquel instante Lou y Reisman atravesaban el salón en dirección a la puerta de salida. Marjorie, presa de súbita animación, dijo a Eddy:

—Toque, ande, toque.—Seguidamente salió al encuentro de los dos hombres.

—Buenas tardes, señorita Oelrichs—salu-

daron unos despues del otro.

Marjorie sonrió.

—Quiero que me haga un favor, señor Reisman... Quiero que se toque esta noche sin período de descanso.

—Eso..., amiga mía, es imposible.

—Pero no lo será teniendo otro pianista—respondió mirando significativamente a Eddy

Lou sintió un ligero estremecimiento de alegría. Aun conociendo de antemano la respuesta, preguntó:

—¿Tiene usted alguno en particular?

Marjorie indicó con un leve gesto a Eddy Duchin.

El señor Reisman dijo amablemente:

—De acuerdo, señorita Oelrichs.

Cuando momentos más tarde Marjorie comunicaba a Eddy la noticia, le faltó poco

..EDDY DUCHIN, PASO DEL ANONIMO..

para llorar de alegría. Extendiendo las manos hacia ella en un impulso de apasionado reconocimiento, exclamó:

—¡Es usted un ángel!, señorita..., señorita...

Lou aclaró:

—Señorita Marjorie Oelrichs...; y ahora oye, farmacéutico..., ¿tienes una receta para un smoking?

Llegó la noche. El Central Park Casino presentaba un aspecto fantástico y deslumbrante. El inmenso salón donde se celebraba el baile de gala estaba rebosante de mujeres hermosas, cubiertas de valiosas joyas, y hombres vestidos de etiqueta. Marjorie había llegado acompañada de sus tíos.

Eddy entró por la puerta de los músicos corriendo, delirante de alegría, enfundado en su smoking alquilado que le venía demasiado estrecho.

En la sala privada de los músicos encon-

..LA FELIZ PAREJA..

..SE CELEBRO EL MATRIMONIO..

tró a Lou.

—¿Cuándo me toca a mí?—preguntó demasiado alto para el refinado ambiente, en el que todo el mundo hablaba a media voz.

—Shhh..., shhh..., shhh...—ordenaba Lou riendo al tiempo que se dirigía al salón. Eddy salió tras él.

En aquel instante el señor Reisman, después de dirigir los últimos acordes de una música lánguida y bailable, ordenó a sus músicos el período de descanso.

..LOS JOVENES DUCHIN..

Junto al piano Eddy vacilaba.

—¿Me siento?—preguntó mirando a Reisman y a Lou.

—Shhh..., shhh...—ordenó Lou llevándose el índice a los labios. El señor Reisman asintió con la cabeza.

Empezó a tocar el piano dominado por febril empeño de complacer a aquel público que le daba miedo. Durante la memorable noche—que fue el primer escalón para subir a la cumbre de la fama—sintió fijos sobre él los extasiados ojos de Marjorie. Ella creía en él, en su arte, y cuando el miedo al fracaso hacía vacilar sus manos, la mirada azul, expresiva y dulce le infundían valor.

Así fue como Eddy Duchin pasó del anónimo a ser uno de los músicos más admirados en los aristocráticos salones de Nueva York y, más tarde, de otros países.

Sus sueños se vieron muy pronto realizados. Después de enviar a sus padres una importante cantidad de dinero e invitarles para que viniesen a Nueva York, se compró un lujoso automóvil. Erguido y risueño, con un alborozo infantil, condujo el coche hasta la mansión de los tíos de Marjorie. Le habían invitado a una fiesta de gala, a la cual, según su creencia, asistía en calidad de invitado. Pero muy pronto se convenció de su error, porque pasados los primeros momentos de los saludos de rigor, la señora Wadsworth le sugirió amablemente que tocara el piano.

Marjorie observaba desde lejos a Eddy. Vio reflejarse en su noble semblante un doloroso desencanto que la afectó hondamente. Se acercó a su tía con aire digno:

—Tía Edith—dijo con acento de velada censura—, ¿por qué pediste al señor Duchin que tocara? El se creyó un invitado más.

—Qué tontería... Ése es su oficio, ¿no?

Antes de verla, Eddy presintió que «ella» estaba junto a él. La presencia de Marjorie le reconfortaba y le hacía sentirse feliz. La joven inclinó su rostro hacia él y sus pupilas azules llamearon con intensa luz.

—Me acuerdo de una vez, cuando era niña..., que fui a una fiesta de campo... Llevaba un vestidito precioso. Había llovido por la mañana y salí corriendo de casa para presumir ante los invitados. Resbalé y caí de bruces entre el barro. Aún me acuerdo cómo se reían. Y yo deseaba morirme, pero no se muere y, al pasar los años, siempre hay otro vestido bonito y otro barrizal..., y aun así no se muere... Uno se hace mayor.

—Y sabe uno ponerse en su sitio—añadió turbado por la profunda mirada de Marjorie y el acariciante acento de su voz.

Unos días después llegaron a Nueva York los señores Duchin. En el Central Park, Eddy les presentó a Marjorie, Lou, Reisman y algunos más. Después de una de sus brillantes actuaciones, Eddy se acercó a la mesa donde estaban sus padres con Marjorie.

—¿Me permitís un discurso?—dijo contagiado por la emoción de los demás, feliz como nunca lo había sido—. Vosotros, padres míos, habéis sido siempre mis amores..., sacrificios y trabajos... para que yo llegase a ser algo. Ya sabéis lo que sois para mí y lo que agradezco... todo lo que por mí habéis hecho... Por más razones de las que sabéis.

Furtivas lágrimas asomaron a los ojos de los presentes. Marjorie enjugó con una mano el llanto que caía lentamente por sus mejillas; después, mirando apasionadamente a Eddy, dijo de una manera ardiente y poética:

—Una de esas razones... soy yo... ¿Quieres casarte conmigo, Eddy Duchin...?

Lleno de felicidad, con el corazón aliviado del peso que hasta entonces lo había oprimido, porque él no se atrevía a pedírselo, respondió:

—Sí..., sí, Marjorie.

La señora Duchin dijo alegremente:

—A nosotros nos pasó igual, hija mía. Los hombres de la familia Duchin son así.

El padre de Eddy asintió con la cabeza, sonriente y dichoso.

Días más tarde se celebró el matrimonial enlace de Marjorie Oelrichs y Eddy Duchin. Por la noche del día mismo de la ceremonia nupcial, los jóvenes Duchin estrenaron un piso precioso, justamente frente al Central Park Casino. Junto a la puerta, Eddy entregó a su esposa una llave.

—Una llave de oro—dijo atrayéndola hacia sí con ternura; después murmuró a su oído—: ¡Tú lo eres todo para mí, encanto mío!

—Eso espero, cariño. Eso espero.

Entraron al interior de la casa. Enlazándola por la cintura, Eddy dijo apasionadamente:

—Cómo te quiero, señora Duchin... ¡Oh, encanto mío!

Ella murmuró:

—Adoro tus manos... No sólo por la música que tocan, sino también físicamente... ¿Sabes? Aprendí a adorar tus manos antes de quererte a ti.

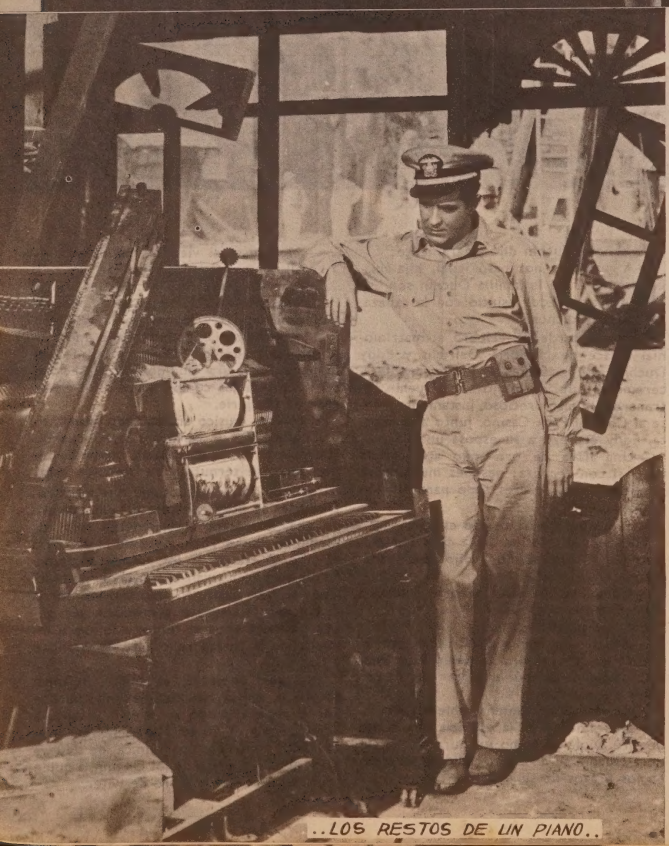
A través de las ventanas abiertas irrumpió bruscamente en la estancia una ráfaga de aire, violenta como un huracán. La señora Duchin se precipitó pálida y aterrada en los brazos de su esposo.

—¡Me asusta el viento! ¡Lo detesto!—Y estalló en angustiados sollozos.

Eddy consiguió calmarla con su ternura. Pero el viento no amainó en toda la noche. Golpeaba en las ventanas de la casa con lúgubre insistencia. De haber sido un cuerpo material dotado de la razón de los humanos, hubiera podido afirmarse que sentía una sádica complacencia ante el terror de Marjorie.

El célebre músico era en todo momento un esposo fiel y cariñoso; pero cuando Marjorie le anunció la fausta nueva de un heredero, su ternura y su devoción estallaron con una impetuosidad que asustaba. Durante las horas del día no se separaba de ella. Era como si estuviesen solos en medio de Nueva York, viviendo el uno para el otro. A través de los grandes ventanales de su hogar veían la suntuosa mole del Central Park Casino y, amortiguado por la distancia y la altura que producía vértigo, llegaba hasta ellos el rumor confuso e inmenso de la ciudad rebosante de vitalidad y poderío.

En aquel invierno el señor Reisman aceptó la oferta fabulosa de una tournée por Europa, dejando su puesto vacante a Eddy Duchin. Y en las Navidades del mismo año nació en una clínica de Nueva York el primogénito de los Duchin, a quien bautizaron con el nombre de Peter.



Después de su acostumbrada actuación, se dirigió lleno de felicidad a la clínica para ver a su esposa e hijito.

—¡Felices Pascuas...! ¡Felices Pascuas, señor Duchin...! ¡Felices Pascuas, señor Duchin...!—le decían las enfermeras que se cruzaban con él en los pasillos de la clínica. Observó que huían precipitadamente de su lado, dirigiéndole una sonrisa forzada. Tuvo un extraño y funesto presentimiento de que la sombra gris de la fatalidad se cernía sobre el cielo luminoso de su dicha. El doctor le aguardaba a la puerta de la habitación que ocupaba Marjorie.

—Nada tuvo que ver con el parto, señor Duchin... Créame, hemos hecho todo cuanto era posible...; pero..., lo siento, señor: no saldrá de esta noche.

Los tíos de Marjorie salieron de la alcoba cuando él entró. Se acercó al lecho disimulando, tras su sonrisa amarga, un sufrimiento atroz.

—¡Hola, encanto mío!—susurró Eddy juntando su frente con la de ella.

Marjorie respiraba fatigosamente.

—¡Hola, Eddy...! ¿Has visto al niño?—dijo débilmente.

No. No lo había visto. Ella significaba el único «todo» del mundo para él en aquellos momentos y se le iba irremisiblemente, como una dorada ilusión que se aleja. Mintió para no disgustarla:

—¡Claro, encanto...! ¡Es precioso!

—¿Dónde está tu mano, Eddy?

Las manos del hombre acariciaban desde que llegara las manos de ella, pero estaban rígidas, bellas y blancas como el mármol. La proximidad de la muerte las había insensibilizado.

—Aquí, amor mío..., aquí.

—Cariño, quiero volver a casa para preparar... yo..., yo misma..., el moisés de nuestro Peter...

Eddy ocultó su rostro bañado en lágri-

..TOCARON LOS DOS..

..DUCHIN SONRIÓ A SU HIJO..

mas en el cobertor de la cama para que ella no le viese llorar, pero Marjorie ya no le veía... En su mano guardaba, como símbolo de su efímera felicidad conyugal, la llave de oro que Eddy le diera el día de su boda.

Habían transcurrido cinco años desde aquel aciago día del fallecimiento de su esposa. Durante todo este tiempo había viajado de un país a otro acompañado de Lou, recibiendo tras de cada actuación el aplauso y la delirante admiración del público. Su fama extendíase hasta lugares remotos, pero no era feliz. Sus triunfos artísticos no atenuaban su sufrimiento moral. El recuerdo de Marjorie le perseguía a todas partes como una obsesión, al extremo de olvidarse de su propio hijo.

Lou observaba apenado la triste vida de

su amigo. Un día se atrevió a hablarle con franqueza:

—Escúchame. Hace más de cinco años que vienes huyendo de la realidad. ¡Marjorie ha muerto! Eddy, no entierres al muchacho con ella. Tus padres, los Wadsworth, están preocupados. Eddy, desean..., desean que el niño conozca a su padre... Si entramos en guerra se te hará demasiado tarde.

Eddy Duchin fue a visitar a su hijo, pero abandonó la mansión de los Wadsworth con el corazón destrozado. A pesar de la buena voluntad de sus tíos, Peter no había tenido para él más que un tratamiento frío y protocolario.

Pocos días después Eddy Duchin se alistaba en la Marina. A petición suya entró en servicio activo en la primera línea de combate.

Recibía con frecuencia cartas de sus padres y de los Wadsworth. Éstos le contaban los progresos de Peter en sus estudios musicales; también mencionaban a Chiquita, una excelente compañera para el niño y a quien habían confiado su educación.

Acabó la guerra y Eddy no se alegró por ello. Mientras había vivido en medio de aquel caos horrible de muerte y desolación, sus problemas personales habían dejado de existir; y ahora, con la paz, volvían de nuevo a él el sufrimiento y los recuerdos.

Regresó a la mansión de los Wadsworth. Peter le recibió tan fríamente como en su primer encuentro; pero en la gentil Chiquita encontró Eddy una fiel aliada a su causa.

El célebre músico volvió a tocar como antes de la guerra. Pero en otro lujoso casino de Nueva York. A consecuencia de las bombas, el Central Park había quedado reducido a un informe montón de ruinas.

Peter y Chiquita acudían diariamente a oirle. Fue una de estas noches cuando Eddy sintió súbitamente una extraña y dolorosa rigidez en sus manos que le impidió continuar su actuación.

Lou le aconsejó sinceramente alarmado:

—Eddy, no dejes de ir al médico.

—Sí. Sí. Lo haré.

Chiquita, a quien el niño quería como a una madre, luchaba obstinadamente para que Peter llegase a querer a su padre. Era un eslabón que le acercaba a Eddy, porque la joven estaba enamorada de él desde hacía mucho tiempo. Quizá de cuando oyera por primera vez sus magistrales conciertos musicales.

Eddy consultó su enfermedad con eminentes doctores. Todos coincidían en el diagnóstico. No obstante su delicada diplomacia, Eddy comprendió que no tenía salvación.

.. CHIQUITA, A QUIEN EL NIÑO..

Volvió a la mansión de los Wadsworth con la muerte en el alma. Encontró a Chiquita en la cocina preparando la merienda para el niño, que había ido al cine con Lou.

Con la rapidez de un relámpago, cruzó por su mente la frase de su amigo: «Cásate con ella; es la muchacha que te conviene».

Ella, al sentirle, se volvió hacia él gratamente sorprendida por su presencia.

—Señor Duchin—empezó titubeando y presa de gran turbación—, estoy muy contenta de que Peter y usted se hayan unido... Les echaré de menos... Yo me voy a Inglaterra. Allí está mi hogar.

Eddy sintió que desfallecía de angustia. Jamás podría olvidar a Marjorie, pero él estaba condenado a morir joven y entonces Peter quedaba sin el amparo de los brazos maternales de Chiquita. Empezó a hablar torpe y precipitadamente:

—Chiquita..., yo... quisiera pedirle algo.

Ella se le quedó mirando profundamente a los ojos y, sin responder, aguardó con el corazón anhelante.

Eddy concluyó la frase:

—Quiero casarme con usted.

Chiquita abrió mucho los ojos, sorprendida de la repentina proposición. Después se abrazó a él llena de felicidad. Entonces Eddy confesó su drama, interrumpiendo sus palabras por sollozos precipitados y desgarradores.

—¡Un año de vida!—repitió ella como un grito de angustia—. ¡No puedo creer-

.. EDDY CONFESÓ SU DRAMA

lo! Quizá otros doctores...

—¡No tengo salvación!—Los ecos de su dramática exclamación cruzaron de parte a parte la casa.

Días después, Chiquita se convertía en la segunda señora Duchin.

Transcurrió algún tiempo y la enfermedad de Eddy empezó a agravarse. Aconsejado por Chiquita, se decidió a confesar a su hijo la terrible verdad.

—Peter, hijo mío—empezó con la voz preñada de llanto—, quiero que sepas que a nadie en el mundo quiero más que a ti... Pero he de emprender un largo viaje contra de mi voluntad y...

El rostro del niño resplandecía de alegría.

—Padre... Llévanos a mí y a Chiquita contigo...—interrumpió alborozadamente, pensando en un viaje por el vasto mundo nuestro.

—Quiero que lo comprendas, hijo, estoy..., estoy muy enfermo...; y mi viaje... será sin retorno...

Peter Duchin guardó por la memoria de su padre una profunda veneración, mezcla de amor filial y de fervorosa admiración artística.

Fin

Depósito legal - BI 78 - 1959

Impreso en el año 1959 en los TALL. GRAFICOS FHER
Calle Villabaso. BILBAO (España)

¡¡LOS MAS GRANDES EXITOS CINEMATOGRAFICOS!!

Como Tú y Yo, Anastasia, Atrapa a un Ladrón, Papá piernas largas, El Puente sobre el río Kwai, Sayonara, etc. etc., irán desfilando por estas páginas, al igual que los mejores títulos de imborrable recuerdo.

$5.00